

LOS RITOS QUE ACOMPAÑAN A LA PALABRA DE DIOS EN LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

1. La Palabra de Dios durante los ritos iniciales.
2. Los gestos que conforman la Liturgia de la Palabra
3. Evitemos los malos hábitos adquiridos.

1. LA PALABRA DE DIOS DURANTE LOS RITOS INICIALES

De la procesión de entrada de la eucaristía puede formar parte el evangelionario, libro litúrgico específico que recoge las lecturas de los evangelios. Aunque entre nosotros no es costumbre que las parroquias cuenten con un evangelionario, pero nada impide que se revierta esta práctica, porque se puede encontrar fácilmente el último evangelionario editado por la Conferencia Episcopal. En la procesión de entrada es el diácono quien porta el evangelionario, porque él es el ministro del Evangelio. Si no hay diácono puede portarlo un acólito, un lector, o un ministrante o monaguillo. La relación directa del Evangelio con Cristo hace del evangelionario un signo especialmente cristológico, tanto, que el altar se considera trono del evangelionario, y es sobre él donde se coloca este singular libro litúrgico hasta el momento de ser usado. Estas características lo distinguen del leccionario, que en la liturgia romana ni se lleva en procesión, ni se coloca sobre el altar.

2. LOS GESTOS QUE CONFORMAN LA LITURGIA DE LA PALABRA

La **liturgia de la Palabra** comienza tras la oración colecta y una vez que la asamblea se ha sentado, precisamente para escuchar la Palabra de Dios. Esto sucede en nuestras celebraciones automáticamente, por lo que a veces puede ser conveniente reclamar la atención de la asamblea sobre la Palabra de Dios que se va a proclamar. Se podría hacer mediante un efecto de luz, iluminando en ese momento el ambón, lugar de la proclamación de la Palabra de Dios, y apagando otras luces para destacar precisamente ésa. Se podría hacer también mediante una proyección visual que acompañe la lectura que se esté realizando, aunque sabemos que esta opción puede, en ocasiones, despistar, más que centra la atención. Se podría proyectar el texto para que la asamblea pudiese seguirlo con la vista. Otra opción es distribuir el folleto con el texto de las lecturas, de modo que la asamblea lo pueda seguir fácilmente con el texto en las manos.

La opción más fácil es la de llamar la atención de la asamblea con una breve monición que capte su atención y la ponga sobre el mensaje que se va a proclamar. Si se quiere que sea una llamada de atención no conviene que sea una monición extensa, ni tampoco que pretenda transmitir mucho contenido. Una monición a las lecturas no tiene que repetir el mensaje de las lecturas, porque lo anticipa y resulta luego un doblote. Se puede uno conformar con lanzar un breve *slogan* que recuerde la importancia de la palabra que se va a oír a continuación. Si la monición quiere ser más ambiciosa y resaltar el contenido de la o las lecturas el consejo es que se haga una llamada de atención sobre el tema o el motivo de la lectura que se quiere destacar. Sirve aquí la regla de oro de toda monición, en este caso, que no sea más larga que la lectura a la que anuncia. En archivo adjunto van algunas propuestas de monición breve al conjunto de la proclamación de la Palabra de Dios.

Los **lectores** son un ministerio importante de la celebración, y conviene destacarlo. Se les puede bendecir antes de realizar su ministerio, incluso se les puede entregar el leccionario, como instrumento de su ministerio. Cada lectura y el salmo tiene su ministro, pero si no hubiese lectores para cada lectura, es preferible que el que lee la primera lectura proclame también el salmo, y otro que proclame la segunda lectura.

El **salmo responsorial** es un canto de por sí. Lo puede cantar toda la asamblea, si lo sabe. Lo puede cantar un salmista, alternando el versículo con la asamblea, o bien repitiendo ésta el versículo solamente al principio y al final del salmo. El salmo responsorial está tomado de la Escritura y es Palabra de Dios, pero como su naturaleza es la de ser un poema cantado, en ocasiones se toma como si fuera un canto más y se sustituye por otro canto, sin tener en cuenta que no es un canto más de la celebración, sino un rito cantado. Sustituir el salmo por una canción es, en el fondo, obviar la Palabra de Dios. Otro lector proclama la segunda lectura, siempre del nuevo testamento.

A continuación se pasa a proclamar el **Evangelio**. Su importancia se deja notar por el cambio que se produce en la asamblea en este momento y por los variados gestos que lo

acompañan. El coro o el cantor entonan el *Aleluya*, que no es solamente un canto, sino un rito cantado. Durante la cuaresma, el aleluya es sustituido por una aclamación. Este canto es ya un a invitación a exultar y estar expectantes por el mensaje evangélico que se va a proclamar. La asamblea se pone en pie para cantar este *Allelú Yah* -alabad a Yahvé- y recibir con él las palabras de Cristo. El aleluya puede ir solo o acompañado de su antífona, que queda en vuelta entre aleluyas. El aleluya lo entona el coro o el cantor, y no tiene que cantarse obligatoriamente desde el ambón, sino que se puede cantar desde el coro. En ocasiones, el canto de aleluya se ve prolongado con la secuencia, también cantada. El diácono, ministro del Evangelio, se acerca al presidente de la asamblea para ayudarlo a poner el incienso en el incensario ayudado por los ministrantes, y acto seguido le pide la bendición: *Padre, dame tu bendición*, e, inclinado, la recibe del mismo presidente: *El Señor esté en tu corazón y en tus labios para que anuncies dignamente su santo Evangelio*. Con los ministrantes, que le acompañan con cirios e incienso, el diácono -o si no hay diácono, el presbítero que vaya a proclamar el Evangelio- toma el evangeliario del altar y lo lleva elevado, en procesión, hasta el ambón. Una vez allí, saluda a la asamblea, anuncia la lectura cantando si es posible, signa el libro, se signa a sí mismo, incienso el evangeliario y comienza la lectura, que puede ser también cantada. Después de terminar de leer canta o proclama el final de la lectura, a lo que el pueblo responde con la adecuada aclamación, y el ministro besa el libro diciendo: *las palabras del Evangelio borren nuestros pecados*. Nada está indicado sobre la elevación del libro en este momento, aunque la práctica esté extendida. Si el que preside es el obispo, es él quien besa el evangeliario y puede bendecir con él a la asamblea. Nada está dicho sobre qué se hace después con el evangeliario, pero todos los gestos de veneración con que se le ha rodeado hasta ahora, indican que no puede tratarse como un objeto sin más, sino que al menos ocupe un lugar digno, como puede ser, de nuevo, el ambón. Estos gestos le corresponden al evangeliario, y no al leccionario, salvo la incensación antes de leer el Evangelio y el beso al terminar de leerlo, como queda dicho.

Por el interés mistagógico y catequético que tiene, recapitulamos todos los gestos que rodean la proclamación del Evangelio en la celebración eucarística: todos se ponen en pie; se recibe con un canto específico: *aleluya*; en ocasiones la lectura del Evangelio es recibida también con el canto de la *secuencia*; el Evangelio es proclamado por un ministro específico: el *diácono*,

cuya ausencia la cubre un presbítero; cuando preside el obispo el ministro del Evangelio pide la bendición antes de proclamarlo; también se lee desde un libro específico: el *evangeluario*; este libro se lleva en procesión acompañado de cirios; tanto el evangeluario como el Evangelio del leccionario son incensados; el ministro saluda a la asamblea, incluso cantando, antes de proclamar el Evangelio; su lectura va precedida de la signación del libro y del ministro que lo proclama; eventualmente el Evangelio es cantado; después de su lectura la aclamación también puede ser cantada; el libro, evangeluario y leccionario, es besado por el ministro tras la proclamación; el obispo puede bendecir al pueblo con el Evangeluario. Son catorce gestos que rodean la proclamación del Evangelio, que dan cuenta de la singularidad de este mensaje, y que pueden ser muy provechosos para la mistagogía y la catequesis.

3. EVITEMOS LOS MALOS HÁBITOS ADQUIRIDOS

-Es útil conocer el lenguaje de los libros litúrgicos para usarlos acertadamente. Por ello conviene saber que lo escrito en color rojo en el leccionario y el evangeluario son indicaciones para el que lee. Lo que se debe proclamar en voz alta está siempre escrito en **letra de color negro**. Cuando en el libro se encuentra en grandes letras rojas: *primera lectura*, no es para decirlo en voz alta, como si fuera el título de lo que vamos a leer, o quisiéramos anunciar lo que vamos a hacer. La asamblea sabe ya que cuando todos se sientan y alguien sube al ambón es para proclamar la lectura, y si no se ha leído otra antes, ésa es la primera. Lo mismo cabe decir del salmo responsorial y de la segunda lectura. El salmo es una respuesta inmediata a la primera lectura, y decir friamente *salmo responsorial*, rompe de algún modo ese diálogo.

-Algo parecido sucede en el momento de aclamar tras las lecturas **¡Palabra de Dios!**. Se trata de una aclamación inmediata a la Palabra que se acaba de recibir, y que nadie sabe de dónde ha salido la costumbre de decir *Es Palabra de Dios*. Se trata de una aclamación, no de una información. Ese *es* arranca la Palabra del corazón y la traslada a la inteligencia, porque esa Palabra no sólo *es*, sino que *está* ahí, acaba de ser proclamada, sigue resonando en los oídos de la asamblea, como algo dinámico, no estático que necesite ser definido. De ahí la inmediata respuesta de la asamblea **¡Te alabamos, Señor!**

-Las costumbres a veces son engañosas, como la de los sacerdotes cuando asocian el saludo ***El Señor esté con vosotros*** a la extensión de las manos. En el caso del saludo para proclamar el Evangelio está expresamente indicado que el ministro no extiende las manos. Tiene su explicación, puesto que el gesto de extender las manos es un gesto propiamente sacerdotal, y la proclamación del Evangelio es propia del diácono, de modo que cuando un presbítero proclama el Evangelio está, en realidad, sustituyendo a un diácono, y al igual que el diácono, no extiende las manos al saludar. Abstenerse de extender las manos al saludar a la asamblea antes de proclamar el Evangelio, aunque la costumbre nos pueda, podría ser para los presbíteros un recordatorio de que también fueron un día ordenados diáconos y no se olviden de esta vocación.

-El ambón es el lugar desde donde se proclama la Palabra de Dios. Es uno de los polos principales de la asamblea litúrgica, junto al altar y la sede del presidente, porque está haciendo ver uno de los elementos esenciales de la celebración: La Palabra que convoca, llama, convierte y pide respuesta. Pero también el uso contribuye a hacer o deshacer el signo. Si el lugar de la Palabra de Dios se usa como un mueble de quita y pon, o se utiliza como un simple micrófono desde donde todo el mundo que tiene algo que decir se dirige a todos desde allí, sea para pronunciar moniciones, oraciones, devociones, avisos,... al final, lo que contribuía a forjar y detectar el significado de la Palabra de Dios, distinta de otras palabras nuestras, lo que hace es aplanar la Palabra hurtando el signo del lugar específico de su proclamación. Respetar el ambón solamente para que lo que desde allí se diga sea la Palabra de Dios contribuye mucho a dignificar y reconocer esta Palabra. Las indicaciones del rito romano son que desde el ambón se proclamen las lecturas, el salmo responsorial, el pregón pascual, la *calenda* de Navidad, el anuncio de las fiestas pascales del día 6 de enero, y se permiten también la homilía y la oración de los fieles. Puede ser complicado disponer de otro micrófono para dirigir las demás palabras, pero lo cierto es que cada vez hay más facilidades, con los micrófonos inalámbricos, o usando el mismo micrófono de la sede. Sería un esfuerzo muy catequético y una señal de respeto y reconocimiento a la Palabra de Dios, poder identificarla con un lugar específico para ella desde donde se proclama.